

# LA MAGIA



Eliphas Levi

Durante mucho tiempo la Magia ha sido confundida con prestidigitación de saltimbanquis, alucinaciones de mentes perturbadas y delitos de ciertos malhechores fuera de lo corriente. Por el contrario, hay muchos que se apresurarían a explicar que la Magia es el arte de producir efectos con ausencia de causas; y basándose en tal definición el vulgo dirá —con el buen sentido que caracteriza a la gente común, en medio de mucha injusticia— que la Magia es un absurdo. Pero de hecho no puede tener analogía con las descripciones de quienes nada saben sobre el tema; además, nadie la habrá de representar como esto o aquello: es lo que es, surge de sí misma solamente, tal como la matemática, pues' se trata de la ciencia exacta y absoluta de la Naturaleza y sus leyes. La Magia es la ciencia de los antiguos magos; y la religión cristiana, que silenció los falsos oráculos y puso coto a las ilusiones de los falsos dioses, reverencia, no obstante, a aquellos reyes místicos que llegaron de Oriente, guiados por una estrella, para adorar al Salvador del mundo en Su cuna. La tradición los elevó al rango de reyes, porque la iniciación mágica constituye una verdadera realeza; asimismo, porque todos los adeptos caracterizan al gran arte de los magos como el Arte Regio, como el Reino Santo.

La estrella que condujo a los peregrinos es la misma Estrella Flamígera que se halla en todas las iniciaciones. Para los alquimistas es el signo de la quintaesencia, para los magos es el Gran Arcano, para los cabalistas es el pentáculo sagrado. Nuestro propósito es demostrar que el estudio de este pentagrama guió a los magos hacia un conocimiento del Nuevo Nombre que debía ser exaltado sobre todos los nombres, haciendo que se arrodillasen todos los seres capaces de adoración. Por tanto, la Magia combina en una sola ciencia lo que es muy cierto en filosofía, lo que es eterno e infalible en religión. Reconcilia perfecta e irrefutablemente esos dos términos, tan opuestos a primera vista: la fe y la razón, la ciencia y la creencia, la autoridad y la libertad. Proporciona a la mente humana un instrumento de certidumbre filosófica y religiosa tan exacta como la matemática, dando incluso razón de la infalibilidad de la matemática misma. Por ello, existe un Absoluto en los reinos del entendimiento y la fe. La Razón Suprema no dejó que las luces de la inteligencia humana oscilasen al azar. Hay una verdad irrefutable; hay un método infalible de cómo conocer esa verdad; y quienes logran este conocimiento, y lo adoptan como norma de vida, pueden dotar su voluntad de un poder soberano capaz de convertirlos en amos de todas las cosas inferiores, de todos los espíritus errantes, o, en otras palabras, en arbitros y reyes del mundo.

Si el hecho es así, ¿cómo es posible que una ciencia tan sublime no esté aún reconocida? ¿Cómo es posible dar por sentado que un sol tan resplandeciente se oculte en un cielo tan tenebroso? A la ciencia trascendental sólo la conocieron siempre las flores del intelecto, que comprendieron la necesidad del silencio y la paciencia. Si un diestro cirujano abriese a medianoche los ojos de un ciego de nacimiento, le resultaría imposible hacer comprender a aquél la naturaleza o la existencia de la luz diurna hasta que llegase la mañana. La ciencia tiene sus noches y sus días, porque la vida que comunica al mundo de la mente se caracteriza por modalidades regulares de movimientos y fases progresivas. Con las verdades sucede lo mismo que con las radiaciones lumínicas. Nada oculto se pierde, pero al mismo tiempo nada de lo que se descubre es absolutamente nuevo. Dios impuso el sello de la eternidad a esa ciencia que es el reflejo de Su gloria. La ciencia trascendental, la ciencia absoluta, es con seguridad la Magia, aunque esta afirmación resulte cabalmente paradójica a quienes jamás cuestionaron la infalibilidad de Voltaire —ese prodigioso superficial que creía saber tanto porque nunca perdía ocasión de reírse en vez de aprender. La Magia fue la ciencia de Abraham y Orfeo, de Confucio y Zoroastro, y Enoc y Trismegisto grabaron en tablas de piedra las doctrinas mágicas.

Moisés las purificó y quitó el velo: este es el sentido del vocablo “revelar”. El nuevo disfraz que les brindó fue el de la Santa Cabala: exclusiva herencia de Israel e inviolable secreto de sus sacerdotes. Los misterios de Eleusis y Tebas preservaron entre los gentiles algunos de sus símbolos, pero en forma degradada, y la clave mística se perdió en medio del aparato de una superstición en constante crecimiento. Jerusalén, asesina de sus profetas y prostituida una y otra vez ante los falsos dioses asirios y babilónicos, concluyó perdiendo, a su vez, la Palabra Sagrada, cuando un Salvador, manifestado a los magos por la santa estrella de la iniciación, llegó para desgarrar el raído velo del viejo templo, para dotar a la Iglesia de una nueva red de leyendas y símbolos, ocultando siempre a los profanos y preservando siempre para los elegidos esa verdad que es eternamente la misma.